

PRINCIPIOS AXIOLÓGICOS

ORIGEN DEL VALOR: SUBJETIVISMO Y OBJETIVISMO

¿QUÉ SON LOS VALORES? En cada momento de nuestra vida diaria nos vemos en la necesidad de elegir. Decidimos estudiar ahora y descansar luego, ir al cine y no ver TV, seguir una carrera universitaria, usar el saco gris a cambio del azul, tomar el camino más agradable y no el otro más corto pero peligroso, escogemos la lectura y el deporte, y no las drogas alucinógenas y mil circunstancias más.

Nos vemos entonces obligados a valorar más unas cosas que otras. Valoramos según nuestras preferencias personales, o según la moda, o de acuerdo a preceptos morales o convicciones personales según el caso que se trate. ¿Podríamos acaso pasar un solo día sin tener que elegir? Concluamos entonces que no podemos pasar un solo día sin tener que valorar.

¿Sería posible acaso que viviéramos rodeados de cosas y circunstancias sin valorarlas, es decir preferir una a otras? ¿Podría pensarse que “todo nos de igual”? Imposible, siempre preferimos la alegría a la tristeza, la salud a la enfermedad, el amor a la amargura, la virtud a la corrupción, y demás.

Pero, ¿cómo surge en nosotros tales valores? ¿Por qué preferimos o elegimos ciertas cosas y no otras? ¿Qué es lo que determina nuestro gusto o inclinación? ¿Cómo podemos decidir lo que es bueno y lo que no lo es?

La pregunta fundamental es: ¿El valor o bondad de las cosas, están en las cosas mismas. O están en la apreciación de las cosas?

Dado que son dos las posibilidades (las cosas y nuestras apreciaciones de ellas) son también dos las respuestas fundamentales que se han dado en axiología.

EL OBJETIVISMO: La primera respuesta nos dice que las cosas son buenas en sí mismas, y que nosotros nos limitamos a reconocerlas como tales. Según esto, si la conciencia humana valora ciertos objetos o circunstancias, esto se debe a que tales objetos o circunstancias son buenas o valiosas por sí mismos. De no ser así, valoraríamos arbitrariamente cual cosa, hoy como buenas y mañanas al revés, por cuanto nuestra conciencia y nuestra voluntad serían autoras de nuestras propias valoraciones. Pero de hecho encontramos que nuestras valoraciones cambian muy poco y muy lentamente.

Todos estamos dispuestos a reconocer que existen valores absolutos tales como la belleza, el bien, la libertad, el amor, la verdad, la justicia y demás. Y cuando se presentan diferencias de opinión entre dos o más conciencias valorativas, tales se refieren no a los valores en sí, sino a la forma como ellas se dan en las cosas o bienes. Aprovechemos aquí para distinguir entre los valores o los bienes. Primero tal distinción se presenta más enfáticamente en las corrientes objetivistas.

El valor es un tipo ideal, que representa en la conciencia, como deberían ser las cosas aunque es independiente de ellas (p.e. la belleza, la libertad y demás). Nunca lo encontramos plenamente realizado. Por otro lado el bien es el objeto material y perceptible en el cual encontramos de modo parcialmente realizado el valor. Decimos entonces que es una distinción muy objetivista, por cuanto distingue el valor como tipo ideal, y el objeto como la cosa donde el valor se realiza físicamente.

EL SUBJETIVISMO: Como punto de vista antagónico al anterior, el subjetivismo plantea que los valores no existen más que en nuestra conciencia, de donde los proyectamos hacia el mundo exterior.

De acuerdo con éste, aunque es perfectamente cierto que poseemos las nociones de justicia, belleza, libertad, y demás, estas nociones vacías, de un nivel puramente teórico, y las cuales sólo encontramos significados o contenido cuando las pensamos a partir de nuestras experiencias. De esta manera, la belleza, la libertad, la justicia sólo existen como estados subjetivos y emotivos del individuo.

Véase entonces que la distinción entre el bien y el valor en el subjetivismo, es diferente: el valor es una representación o estado emotivo, más o menos constante en el sujeto. El bien es el objeto que mejor satisface aquel estado emotivo.

Tenemos entonces que el subjetivismo y el objetivismo se nos presenta como posiciones antagónicas e irreconciliables, pero ambas igualmente criticables. Del objetivismo podemos decir que olvida por completo el papel del sujeto en la captación del valor, como también el papel de la cultura y las condiciones socio-económicas en que se da aquel.

El subjetivismo por su parte olvida el carácter impositivo del valor. El valor nos exige aceptarlo por encima de nuestra conciencia o de nuestras apetencias. También puede caer el subjetivismo en un relativismo del cual sólo puede resultar la anarquía y la decadencia en nuestras apreciaciones valorativas. Los encontraríamos entonces en una situación muy ambigua por cuanto debemos optar por alguna posibilidad, pero a la vez encontramos ambas como inaceptables debido a los errores en que caen.

OBJETIVISMO Y SUBJETIVISMO

Desde sus inicios, la teoría de los valores o axiología (de los términos griegos *axos* y *logos*, valor y saber) ha tratado una cuestión que ha originado posiciones enfrentadas, a saber:

¿Tienen las cosas valor porque las deseamos o las deseamos porque tienen valor?

La primera opción defiende que los valores son subjetivos, es decir, que su existencia depende del sujeto que valora. La segunda, que los valores son objetivos, es decir, que existen independientemente del sujeto que valora; éste, los descubre.

Los subjetivistas comparan los valores con los sellos de correos: ni el papel ni la calidad del dibujo son las cualidades que hacen de ellos un objeto de valor. El valor lo otorga el filatélico con su interés: las cosas son valiosas no por ellas mismas sino por la relación que mantienen con nosotros.

Los objetivistas, por otro lado, comparan los valores con los colores, los colores tienen características físicas que los diferencian objetivamente: el color azul no se vuelve rojo cuando se pinta de rojo un objeto azul. El color azul perdura, es inmutable y no depende del sujeto. Un asesinato, aunque nadie lo condene, es siempre malo.

Son subjetivos: El subjetivismo ha sido argumentado partiendo de observaciones empíricas diferentes. Se ha dicho que una cosa tiene valor cuando nos gusta y en la medida en qué nos gusta, que sólo son valiosas las cosas que deseamos o anhelamos, que es nuestro interés lo que hace que una cosa sea valiosa para nosotros.

Otros consideran que los enunciados valorativos no son sino expresiones de un estado de ánimo personal y tienen la función de despertar sentimientos parecidos en los otros, que no hay ninguna posibilidad de encontrar argumentos satisfactorios para probar que una determinada cosa tenga un valor por ella misma.

Son objetivos: El objetivismo, en un extremo opuesto, argumenta que los valores son descubiertos, no atribuidos por nosotros a las cosas. El diamante siempre será más valioso que el grafito por sus propiedades objetivas de dureza, brillo y transparencia. El hombre puede descubrir la esencia de los valores del mismo modo que puede aislar un color del espectro; es indiferente a su esencia que una persona los realice en ella o los descubra ya que los valores no resultan afectados por las vicisitudes humanas: son absolutos y objetivos.

Subjetivos y objetivos: La axiología contemporánea tiende a superar la oposición entre subjetivismo y objetivismo de los valores: los valores tienen aspectos subjetivos y aspectos objetivos. El subjetivismo nos ha mostrado la conveniencia de no olvidar la valoración, es decir, la actividad del sujeto que valora, una actividad marcada por condicionamientos psicológicos, sociológicos y culturales. Los valores son valores de una sociedad y los individuos, en su proceso de socialización, los aprenden (o los rechazan). El objetivismo nos ha mostrado la conveniencia de analizar las características de la cosa que consideremos un valor, que los valores no son arbitrarios ni gratuitos, que los valores siempre son valores compartidos.

A los valores les pasa algo parecido al cine, que sólo se comprende su funcionamiento si consideramos la coparticipación de factores subjetivos y factores objetivos. En el cine se proyectan fotografías estáticas a una determinada frecuencia (factor objetivo) que el espectador, con por su sistema perceptivo (factor subjetivo), interpreta como movimiento. Cuando valoramos, actúa nuestra personalidad completa con sus experiencias positivas y negativas, con los conocimientos que ha incorporado, con su particular concepción del mundo; pero éste componente subjetivo coparticipa de otro componente, las cualidades objetivas de, por ejemplo, una pintura (colores, estilo, temática) o una acción (fines perseguidos, resultados obtenidos).

¿Más elevado, más objetivo? Solemos aceptar que hay objetos y acciones que valen más que otros, que hay una mínima jerarquía de valores. Todo aquello que forma parte de nuestras aspiraciones, sueños o ideales ocupa un puesto más elevado en nuestra jerarquía o escala de valores. En este contexto, son muchos los axiólogos que consideran que cuanto más bajo se encuentra un valor en una jerarquía más pesan los componentes subjetivos y que, por lo contrario, cuanto más elevado es un valor más dominan los componentes objetivos.

Las expresiones populares subjetivistas "sobre gustos no hay nada escrito" o "tantas cabezas tantos sombreros" sólo son aplicables a los valores más bajos de la escalera jerárquica; nadie puede negar que unos valoran más el vino, otros la cerveza y que para unos terceros no hay nada como el agua. Pero si pasamos al ámbito de los valores estéticos, veremos que "hay mucho escrito"; si uno se adormece escuchando el *Himno a la alegría* de la Novena Sinfonía de Beethoven porque no le gusta, se le puede decir que no ha aprendido a valorar suficientemente bien. Cuanto más elevado, superior o digno consideramos un valor, más componentes objetivos y universales incorpora.